



¡No entendemos nada! ¿Por qué hay tantas guerras en el mundo?

Cada día se invierten cuatro millones de dólares en gastos militares y armas. Es decir, existe una cultura de guerra, a partir de esta idea ancestral: «Si quieres la paz, prepárate para la guerra». Desde la prehistoria, la paz se ha convertido en la pausa entre dos batallas. Así estamos y así seguimos. La humanidad ha estado sometida a un grupo muy pequeño que mandaba, casi siempre hombres, que tenían intereses en el negocio de la guerra. Era una cultura de imposición y dominio, de miedo, de silencio: la gente no se podía expresar.

Esta cultura de guerra, que parece un disparate, era posible porque la mayoría de las personas nacían, vivían y morían en 40 km². Pero no creáis que esto solo ocurría hace siglos. Cuando yo era rector en la Universidad de Granada, hace unos cincuenta años, también era así. Yo mismo, de pequeño, recuerdo que solo teníamos la radio, con la que nos enterábamos de algunas cosas que pasaban en el mundo, pero nos daba lo mismo, porque nosotros no podíamos intervenir ni expresarnos.

Pero entonces, ¿no había gente poderosa que quisiera la paz?

Ha habido intentos importantes en favor del uso de la palabra y no la fuerza. Uno se dio al final de la Primera Guerra Mundial, que fue una catástrofe tremenda. La mayor parte de los muertos fueron ciudadanos que no fallecían por las bombas o las balas, sino de enfermedades, hambre y frío. Al final de aquella guerra,

el presidente norteamericano Woodrow Wilson anunció la paz permanente. Explicó: «la paz es la mediación, la palabra. La paz es la democracia. En adelante, ningún Estado podrá declarar a otro la guerra, porque crearemos una organización, la Sociedad de Naciones, que lo impedirá».

Su discurso fue muy aplaudido, y se creó esa Sociedad de Naciones, pero en Estados Unidos, el Partido Republicano rechazó (como sigue haciendo hoy) cualquier solución que no fuera la fuerza. Así que desplazaron a Wilson y se dio la gran incoherencia de que el país que propuso la Sociedad de Naciones nunca fue parte de ella. Esto debería estudiarse, pues para tener paz y justicia tenemos que saber lo que pasó hace tan solo unos años.

Así que ocurrió lo que Wilson trataba de evitar: Alemania se rearmó y volvió a entrar en una dinámica de supremacismo, dogmatismo y fanatismo; es decir, defendían que ellos eran superiores a otros y no admitían que se discutieran sus ideas. Poco después llegaron Adolf Hitler y el nazismo, que decían que «la raza aria» era superior. Al mismo tiempo, en Italia, Mussolini creó el fascismo, que defendía la superioridad del Imperio romano y sus descendientes. Y en Japón, el emperador Hirohito, convencido por el general Tanaka de que los japoneses eran más inteligentes que sus vecinos chinos, invadió Manchuria y desde ahí, el resto de China, Indochina, Filipinas, y después atacó a los Estados Unidos. Una vez más, se había rechazado el uso de la palabra en favor de la fuerza. El supremacismo, las ideas del que se siente superior, siempre ha sido origen de la guerra. Comenzó pues la Segunda Guerra Mundial. ¡Qué disparate de matanza! Solo en la entrada a Berlín, se calculó que hubo cien mil muertos.

¿Y qué ocurrió después de la guerra?

Llegó el segundo intento de establecer la paz, impulsado por otro presidente norteamericano, Franklin D. Roosevelt, que creó las Naciones Unidas (ONU). Este organismo estaría, además, aconsejado por varias instituciones: la Organización Mundial de la Salud, la Organización Internacional del Trabajo, la de Agricultura y Alimentación, la UNESCO (para educación, cultura y ciencia) y UNICEF, para los niños, que sois lo más maravilloso que hay.

La finalidad de la ONU era precisamente evitar las guerras; de hecho, así empieza la carta de las Naciones Unidas: «Nosotros, los pueblos... hemos resuelto evitar a las generaciones venideras (a los niños) el horror de la guerra». Y uno podía pensar «¡Qué bien, ya está!». Pero la ilusión no duró ni cuatro días, porque inmediatamente el Partido Republicano de los Estados Unidos (otra vez) dijo que esas organizaciones, lo que llamaron «el multilateralismo», eran peligrosas, y que quienes mandaban eran ellos. Así que impusieron que los cinco países vencedores de la Segunda Guerra tuvieran capacidad de veto, es decir, pueden impedir que se tomen grandes decisiones. Esto significa que si uno de esos países tan poderosos tiene intereses en una guerra y puede prohibir la decisión del resto de evitarla, habrá guerra.

Pues vaya tela... ¿Y entonces no sirvió de nada?

Las Naciones Unidas hacían lo que podían, mientras la Unión Soviética y los Estados Unidos se seguían rearmando y midiendo sus fuerzas. Esto cambió a finales de la década de 1980, cuan-

do Mijaíl Gorbachov se convirtió en el nuevo presidente de la Unión Soviética. Gorbachov quería anunciar al mundo, junto al presidente norteamericano Ronald Reagan, el fin de la amenaza de guerra porque tenía planeado destruir las armas nucleares de ambos países. Pero Reagan se negó, solo se deshizo de una parte, pues no quería perder el poder que el hecho de tener armas le daba a Estados Unidos.

Según el pensador Noam Chomsky, EE. UU. tiene actualmente bases militares en 483 lugares. Además, es el único país del mundo que no ha suscrito la *Convención de los Derechos del Niño*, ha apoyado gobiernos totalitarios... Son cosas que hay que recordar, porque son las que han impedido que avancemos hacia la paz mundial.

Más allá de la gran tensión generada entre esos dos países, ocurrió algo esperanzador, uno de esos momentos de la historia que nos obligan a estar preparados para aprovecharlos: entra en escena Nelson Mandela, que estuvo veintisiete años en prisión por el único delito de tener la piel morena. Yo lo visité, y salí de su celda pensando que había esperanza. Él decía: «Olvidar es imposible, perdonar es posible». Esto también lo debemos tener muy en cuenta. Nelson Mandela logró en seis meses que en Sudáfrica se superase la forma más abominable de discriminación: la segregación racial o *apartheid*.

Yo había creado en África la Cultura de la Paz, pero no había manera de avanzar, porque a los grandes poderes no les gustaba mucho. Nelson Mandela me dijo que esperase diez o veinte años, porque entonces la mujer sería la piedra angular de la nueva era. Decía que la mujer solo excepcionalmente utiliza la fuerza, mien-

tras que el hombre solo excepcionalmente *no* la utiliza, que la mujer lograría que la fuerza de la razón se impusiera a la razón de la fuerza.

Así que si gracias a las mujeres los países se ponen de acuerdo y acaban con las guerras, ¿estará todo arreglado?

Bueno, no olvidemos que además de evitar a los niños «los horrores de la guerra», ahora tenemos que añadir el horror de una Tierra difícil de habitar porque la hemos estropeado. También ha habido intentos de avisar sobre este terrible problema: Aurelio Peccei (1968) o la propia Academia de Ciencias de los Estados Unidos, que dijo que los océanos son los dos tercios de la piel de la Tierra y los estamos arrasando, y que no lo podemos permitir.

Los científicos hicimos un gran llamamiento mundial: La Cumbre de la Tierra (1992), pero el presidente Bush (padre) no hizo caso. Con Kofi Annan dentro de la ONU, se volvió a intentar en 2002, pero en esta ocasión Bush (hijo) también lo ignoró. Con el presidente Obama por fin se logró firmar el Acuerdo de París sobre cambio climático, así como la Agenda 2030 y los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Sin embargo, seis meses después llegó Donald Trump a la presidencia y echó todos esos acuerdos abajo.

Yo confiaba en los líderes de Europa para pararle los pies a Trump, pero en su momento el presidente francés Sarkozy había impuesto que las decisiones importantes de la Unión Europea se adoptaran por unanimidad en lugar de por mayoría, y eso es lo contrario de la democracia. Así que ahora tenemos una Europa que no pinta absolutamente nada.

Pero entonces, con este panorama que nos ha contado, ¿no hay nada que podamos hacer las personas, los niños y niñas, para avanzar hacia la paz?

Veréis, a mí no me gusta nada la frase «no tiene remedio», que decía una tía mía. Yo creo que todo debe tener remedio. Y ahora sí es posible cambiar las cosas, por una sencilla razón: porque «nosotros, los pueblos» ahora sí existimos, ya somos hombre y mujer. Esto es lo que yo quisiera resaltar, decirlo a los niños que hace unos años no, pero que hoy sí somos todos iguales en dignidad. Ahora todos los seres humanos, sean de una sensibilidad sexual u otra, de un género u otro, de una ideología u otra, de una religión u otra, de una etnia u otra, todos somos iguales en dignidad. Todos somos capaces de pensar, imaginar, anticiparnos, innovar y crear. La salvación del mundo está en que cada ser humano es capaz de crear. No podemos estar distraídos ni perder la esperanza.

Y una cosa más. Además de ser todos iguales, ahora nos damos cuenta de que necesitamos una nueva idea sobre la seguridad. Es cierto que hoy tenemos unos territorios muy bien protegidos, con aviones, bases militares..., pero muchos de sus habitantes no tienen qué comer, o servicios de salud de calidad, ¡mil millones de personas no tienen ni agua!

Lo bueno es que por primera vez podemos unirnos; ahora tenemos voz. Hace años solo teníamos los medios de comunicación tradicional, la gente no podía expresarse. Esto ha cambiado gracias a la tecnología digital. Por tanto, por primera vez en la historia, la paz es posible.

Desde donde yo trabajo, estamos organizando que muchas mujeres de todos los países hagan un gran llamamiento, que digan que la solución para la paz es la democracia, desde la local hasta la mundial, pasando por la nacional o la regional. Si lográsemos esto, en unos veinte o treinta años podría haber un cambio radical en el mundo. Además, algunas de las amenazas son irreversibles, así que hay que actuar rápido.

En resumen, lo que gobierna el mundo, con Estados Unidos a la cabeza, es el negocio de las armas. Tenemos que conseguir que haya una gran queja, sobre todo por parte de mujeres relevantes que digan que no queremos más vetos en las Naciones Unidas ni en Europa, que ahora tenemos la palabra y nos podemos expresar, que queremos organizaciones que cuiden de estos temas fundamentales (la paz, la salud, los niños...), y que sean democráticas. Queremos que todo funcione a través de la palabra.

Es increíble que con todo lo que ha vivido siga siendo tan optimista. ¿Tiene alguna frase inspiradora que le ayude?

Solo mirando a los ojos de los niños se inventará el futuro que anhelamos.



Sustituir por cartela
de Laura

Y todo esto nos lo contó del tirón y hablando en cuatro idiomas a la vez. Un jefe, un capo, un *crack*, ¡eso es lo que es!
